Para su amo. y Conf.º D. Ramon Vidal.
M. Ferrer

SOLEMNE APERTURA

DEL

CURSO ESCOLAR DE 1849 Á 1850

en el

INSTITUTO PROVINCIAL

DE LÉRIDA,

Verificada el dia 1 de Octubre de 1849.

LÉRIDA

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE JOSÉ SOL

Calle de Caballeros frente el Teatro.

1849.

C-IV
PSOL-1/0011

SOLEMNE APERTURA

DEL

CURSO ESCOLAR DE 1849 Á 1850

en el

INSTITUTO PROVINCIAL

DE LÉRIDA.

Verificada el dia 1 de Octubre de 1849.

LÉRIDA:

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE JOSÉ SOL

Calle de Caballeros frente el Teatro.

1849.

ORACION INAUGURAL

LEIDA POR EL

LICENCIADO EN JURISPRUDENCIA, CATEDRÁTICO DE

GEOGRAFÍA É HISTORIA

EN EL INSTITUTO PROVINCIAL DE SEGUNDA ENSEÑANZA DE LÈRIDA,

D. MIGUEL FERRER Y GARCÉS,

en la solemne apertura

del curso escolar de 1849 á 1850.

M. I. S.

Señores: por una costumbre tan general como recomendable los profesores encargados de inaugurar en nuestras escuelas la continuacion periódica de las tareas literarias han solido consagrar tan importante acto á las ciencias, que constituyen sus propias asignaturas, ya proponièndose demostrar la importancia de su estudio, ya desenvolviendo algun punto particular, digno de la atencion de sus oyentes. Y esta preferencia no debe estrañarse, señores: cuando uno tiene el encargo de trasmitir á la juventud desde la cátedra un ramo cualquiera de los conocimientos humanos, preciso es que se dedique con asiduidad, con entusiasmo á su estudio, si quiere corresponder dignamente á lo que se debe á sí propio, á lo que debe al Gobierno que le ha confiado el respetable ministerio de la enseñanza, á lo que debe á los alumnos puestos bajo su direccion. La ciencia llega á hacerse entonces un objeto privilegiado para el profesor: su imaginacion la personifica, le presta animacion, vida, poesía; hasta las materias mas áridas pierden para él sus formas descarnadas, y su historia y sus destinos llegan á interesarle tanto como los de una persona querida. Asi pues yo suplico que se me dispense, si, obedeciendo á ese mismo fascinamiento y vivamente preocupado con el estudio de la historia, que es la mas importante sin duda de las dos asignatu-

ras puestas á mi cargo, le ofrezco mi tributo en este solemne momento.

No se tema sin embargo, que, abusando de la benevolencia de las ilustradas personas, que me escuchan, intente demostrar ahora lo que no necesita demostracion, la utilidad de la historia. Conocida es la necesidad de estudiar los hechos de la humanidad, que pasaron, para conducirnos cual conviene en todas las situaciones de la vida. El orador romano decia, que el ignorarlos era ser toda la vida niño, y hombres eminentes de todos tiempos y de todos paises han consignado con diferente forma este mismo pensamiento. ¿Como desconocerlo? Al hombre que vé desvanecerse las ilusiones de su juventud, perfeccionarse la rectitud de su juicio, aumentarse progresivamente el caudal de su esperiencia, y esto tan solo por el trascurso de algunos años, es decir, por algunos pasos mas, dados en este camino breve, que llamamos vida humana, ¿como se le ocultará el rico depósito de prudencia, de sabiduria, de tolerancia para con todas las miserias de que es testigo, de amor para sus semejantes, de paz y bienestar para sí propio, que encierra el grande libro de la humanidad? El vivo interés que escitan en estos momentos los estudios históricos, la multitud de trabajos importantes con que se enriquece cada dia este ramo escogido del saber, los progresos rápidos de la filosofia de la historia, esa ciencia nueva, destinada á cambiar con el tiempo la faz del mundo, prueban bien que en la conciencia universal existe y se fortifica cada dia el convencimiento de que es preciso buscar en las pàginas de lo pasado las reglas de conducta para el porvenir. Yo pudiera probar, si tal fuese mi propósito, que el divercio entre lo presente y lo que fué, el olvido ó desprecio de la historia en política, en legislacion, en literatura, ha producido aberraciones lastimosas, males incalculables, que se hubieran evitado interrogando desapasionadamente á aquella ciencia.

Pero si la utilidad del estudio concienzudo de la historia es universalmente reconocida, se está muy lejos de haber obtenido el mismo asentimiento, la misma general conformidad respecto de algunos importantes problemas de la ciencia misma. Y los hay entre ellos tan importantes, tan trascendentales, que todo estudio es escaso, toda atencion poca cuando de su resolucion se trata. Yo confio que se me agradecerá en esta ocasion el que, en vez de fatigar á mis oyentes con algunos lugares comunes sobre un tema manoseado ya y traido á exámen mil veces, aproveche la oportunidad de enunciar alguno de dichos problemas, y aun me permita consignar sobre él mi poco autorizada opinion, sin la vanidad empero de resolverlo. Desprovisto de los talentos y tambien de los estudios universales y profundos que para esto último serian menester, me daré por satisfecho si logro llamar la atencion de los que me honran

escuchándome, y presto tal vez ocasion á que personas mas competentes tomen sobre sí el honroso trabajo de ilustrar la materia.

Al contemplar el espectáculo que ofrece la humanidad en su historia, al observar como se suceden los grandes acontecimientos, al ver como nacen, crecen y se desarrollan las naciones, y como declinan despues y desaparecen sin dejar á veces tras sí mas que el recuerdo de una existencia ya brillante ya humilde, al considerar en fin en medio del confuso torbellino de los sucesos, como la especie humana se perpetúa á pesar de la destruccion y rápida sucesion de los individuos, sérias reflexiones asaltan involuntariamente al hombre pensador. ¿Existe una ley constante, fija, invariable, que regule en el órden moral los hechos, que forman la historia, como los hay en el órden fisico que esplican las modificaciones de la materia? ¿Siguen las generaciones en su magestuosa marcha la senda que les trazara de antemano el dedo de Dios, ó caminan entregadas à una casualidad ciega? Esta duda se presenta naturalmente al que no contentándose con el exámen de los hechos por sus causas próximas y puramente ocasionales, busca su encadenamiento en una region mas elevada: esta duda sin embargo desaparece pronto. El observador que vé y admira como la naturaleza próvida lleva sus cuidados á todos los seres organizados por insignificantes que parezcan; como dota al insecto microscópico de los aparatos necesarios para la conservacion del individuo y propagacion de la especie; el que sabe que el átomo suspendido en el espacio obedece á leyes fijas, ciertas, que la ciencia fisico-química nos descubre, ¿podrá creer que el hombre, este ser privilegiado, el rey de la creacion, en quien la materia es lo menos y el espíritu lo mas, esté condenado á recorrer sin guia la carrera de la vida? No; los destinos de la humanidad, la suerte de la gran familia no pueden depender de un azar cualquiera: no, no es cierto que la especie humana haya vivido abandonada á su propia debilidad é ignorancia, y olvidada de Dios, como lo supone una escuela materialista. La razon comun repele esta suposicion absurda, y entre tanta diversidad de sistemas históricos, no han logrado hacerse un lugar digno los pocos escritores que tal suposicion admiten.

Ahora bien: puesto que el mundo moral tiene sus leyes, toda vez que el universo marcha por una senda determinada, ya que la humanidad tiene un destino racional que cumplir ¿cuales son estas leyes, cual esta senda, cual este destino? ¿Preside acaso á los actos humanos una fatalidad dura é inflexible, que, pesando lo mismo sobre el individuo que sobre las generaciones, destruya la libertad y responsabilidad del hombre? ¿Gira la humanidad,

como lo imaginara Vico, en un círculo eterno, pasando sucesiva y necesariamente de la barbarie á la civilizacion y de la civilizacion á la barbarie, sin que le sea dado evitar el retroceso, y lanzarse una vez con confianza en la senda del progreso y perfeccion? ¿Pueden esplicarse la marcha y estado actual del mundo por las teorías abstractas y casi incomprensibles de Hegel y sus cuatro principios sobre el desenvolvimiento del espíritu humano, representados sucesivamente en la universalidad uniforme del mundo oriental, en el individualismo vario, móvil y activo de los estados griegos, en la lucha de ambos elementos en Roma, y en la conciliacion y armonia de los mismos en los pueblos de origen germánico despues de la irrupcion? ¿Admitirémos con Ballanche el dogma místico de la caida y rehabilitacion del gènero humano como suficiente esplicacion de los fenómenos históricos? Tarea digna y altamente provechosa seria la del estudio comparativo de todas las teorías filosóficas, con que se ha pretendido fijar la pauta, á que vienen amoldándose las generaciones desde el principio del mundo: grande fuera el triunfo de la ciencia y grande tambien probablemente el beneficio, que á la humanidad resultara, si del examen de las hipotesis hasta ahora imaginadas, se llegase á deducir por fin la ley universal, á que se sugetan los destinos del mundo. Esta empresa sin embargo supone en la filosofia de la historia un grado de perfeccion á que no ha llegado, en nuestro concepto al menos, y exige además profunda erudicion y una organizacion intelectual privilegiada en el que la acometa. Esperarémos pues á que el tiempo haga brotar esta inteligencia superior, y nos limitarémos entre tanto á decir sin pretensiones nuestra pobre opinion. Hela aqui formulada.

Negamos desde luego que los grandes sucesos, con que se anuncia la vida de los pueblos, no reconozcan otro origen que el mezquino de la voluntad individual: creemos por el contrario con Guizot, y aun podemos decir que con casi todas las escuelas históricas, que hay un destino general de la humanidad, al cual sirven sin saberlo, bien que en diferente escala, lo mismo las individualidades que llamamos héroes y grandes hombres, que la multitud modesta é ignorada. Reconocemos con Bossuet y acatamos la providencia, que «tiene desde lo mas alto de los cielos las riendas de todos los reinos y los corazones todos en su mano»; pero no cerramos por esto el libro renunciando à la averiguacion de otras verdades, sino que, seguros de no ofender en ello á esa misma providencia, adelantamos nuestra observacion, y nos convencemos de que el mundo intelectual y moral se rige por leyes tan ciertas, si bien no tan conocidas, como las de la naturaleza fisica. Rechazamos á los fatalistas, que en la historia lo consideran todo como obra de una necesidad irresistible, y lo hacemos con mayor

energía porque nos duele ver prohijada una idea que destruye uno de nuestros mas preciosos atributos, el libre albedrío, y quita al hombre todo estímulo, inclinándole á la indolencia y á un indiferentismo absoluto. Concederémos á Vico, que la humanidad en su marcha haga alto alguna vez y aun retroceda algunos pasos; mas lejos de encerrarla como él en un círculo fatal, en esa alternativa constante de progreso y retroceso, nos complacemos en contemplar como avanza por el camino de la perfeccion, bien asi como la nave que, combatida por contrarios vientos ó por deshechas tempestades, tuerce su rumbo ó retrocede, pero para recobrar despues la direccion abandonada, y aprovechar el tiempo favorable que la conducirá á seguro puerto. Profesamos en fin, y este es el resumen de nuestra creencia, profesamos la opinion de que el género humano marcha desde su orígen por la senda del progreso, de la civilizacion.

Darémos cuenta de esta opinion del mejor modo posible en el breve tiempo de que nos es dado disponer; pero antes necesitamos decir cuatro palabras, que fijen el verdadero sentido en que tomamos la voz civilizacion. La ambigüedad en el lenguage es frecuente origen de estériles disputas, y nosotros deseamos evitarla.

¿Qué es la civilizacion? La civilizacion se presenta desde luego como un hecho real, que figura en la historia, y que por lo mismo está sujeto á observacion. No es un hecho material, visible, que pueda tocarse, como una batalla, el nacimiento de un príncipe, un cambio de personas en el poder, un descubrimiento de física: pertenece por el contrario á esa clase de acontecimientos morales, ocultos al que solo vé la corteza de la historia, ó la lee como una simple crónica, pero que la mirada inteligente del filósofo no deja escapar. La civilizacion acaso no ha sido definida aun con la necesaria precision y claridad: sin embargo el sentido comun ha comprendido de alguna manera el valor de esta palabra, ya que no lo haya fijado en una fórmula científica. Alli donde se vé mayor desarrollo de la inteligencia, donde se advierte progreso en las ciencias y en las artes, donde la razon predomina y la justicia reina; alli donde el hombre posee los medios de satisfacer sus necesidades, y mira su dignidad respetada; donde el órden público favorece el desarrollo de todas las industrias, de todos los intereses legítimos; donde existen arraigados los sentimientos de humanidad; donde una sana moral tiene trazado el círculo en que funcionan los gobiernos, y los individuos se mueven gozando una libertad racional; alli se dice que hay civilizacion. Cultívanse las ciencias en Egipto en una época en que Europa dormía sumida en la ignorancia, levántanse en aquel pais monumentos que admirarán á las generaciones futuras; y se dice que el Egipto es civilizado, por mas que la constitucion interior de aquel pueblo no

nos satisfaga. Surcan los fenicios el mediterráneo, establecen colonias por todas partes, y llegan á las costas de nuestra península para cambiar con sus productos naturales las manufacturas de paises lejanos; y se dice que los fenicios nos traen la semilla preciosa de la civilizacion. Florece rápidamente Atenas, brilla por sus libertades, por sus filósofos, por sus artistas; álzase ayudada de la severa Esparta, y por un esfuerzo que pareceria fabuloso, si pudiera ponerse en duda, rechaza y bate al formidable ejército de Xerxes; el vencedor es un pueblo civilizado, y al vencido no le alcanza á dar este título su inmenso poder apoyado en millones de esclavos armados. Sucumbe Grecia, y, con el poder material, pasan á Roma las ciencias, la literatura y las artes: la civilizacion, se dice, ha dado un paso mas hácia el Occidente. Cae el coloso romano, multitud de pueblos se ceban en el cadaver y se reparten sus miembros; piérdense la legislacion, la política, la filosofia, la literatura y hasta el idioma entre las ruinas del imperio: la civilizacion ha recibido al parecer un golpe mortal: todo se cree perdido; aterrado el observador y oyendo aun los ahullidos de los bárbaros, teme un cataclismo universal, tiembla por la sociedad, por los principios morales que la sostienen, por las letras; sin embargo la sociedad se salva: los bárbaros dejan su carro, clavan su lanza en la tierra que han conquistado, y se mezclan con los vencidos; la religion alza su enseña de paz y estrecha entre sus manos, segun la espresion feliz de un escritor, las de la civilizacion que fenecía y las de la civilizacion que comenzaba: el cristianismo, que habia ya dulcificado las relaciones entre el señor y el esclavo, acaba por desterrar la esclavitud, mejora la condicion de la muger, suaviza poco á poco las costumbres, y ayuda á la restauracion de las letras: he aqui otras tantas conquistas para la civilizacion. Ocurren en épocas mas cercanas descubrimientos científicos importantes, Guttemberg regala la imprenta á la Europa, invéntase la brújula, saca Colon del fondo del Occéano un nuevo mundo..... Seria no acabar nunca, señores, empeñarse en enumerar los hechos que la opinion pública señala instintivamente como otras tantas mejoras, que redundan en beneficio de la humanidad: lo dicho basta para probar que la civilizacion existe, y que se manifiesta en hechos, apreciados mas ó menos justamente por la razon universal, por el buen sentido del mayor número. Si ahora queremos dar á la civilizacion una espresion científica, propia, precisa, no nos será ya tan dificil, estudiando los hechos que la anuncian ó mejor que la constituyen. Por nuestra parte hemos encontrado hecho anticipadamente este trabajo por un escritor ilustre, por un hombre eminente, cuyo profundo talento es tan universalmente reconocido y admirado, como sentida fué su temprana muerte: el Sr. Balmes formula asi su pensamiento sobre el par-

ticular. «Entonces habrá el máximum de la civilizacion, cuando coexistan y se combinen en el mas alto grado, la mayor inteligencia posible en el mayor número posible, la mayor moralidad posible en el mayor número posible, el mayor bienestar posible, en el mayor numero posible.» La fórmula es sencilla, clara, y, lo confesarémos francamente, hemos esperimentado cierta satisfaccion al ver tan conforme con nuestro propio pensamiento el pensamiento del esclarecido autor de quien la tomamos. Desarrollo intelectual, costumbres, bienestar, combinacion de estas tres cosas y llamamiento del mayor número á su partícipacion, he aqui los caracteres del progreso humano. Echemos ahora una mirada rápida á la historia, y sin descender á detalles, sin detenernos en la apreciacion minuciosa de los hechos, porque para ello nos falta el tiempo por mas que nos sobren deseos, veamos si la humanidad ha marchado ó no por aquella senda.

¿Se ha realizado en la especie humana el desarrollo progresivo del entendimiento en el mayor número de sus individuos? Si fuera fácil presentar un cuadro sinóptico de los actuales conocimientos en ciencias, artes, filosofia, literatura etc., señalando á cada uno el lugar que le corresponde por rigoroso órden cronológico, de modo que se viese como se derivan unos de otros, como los primeros sirvieron de precedente necesario para llegar á los que les sucedieron, la pregunta quedaría contestada. Este cuadro nos pondria de manifiesto como el patrimonio intelectual del hombre, pobre, muy pobre en los primeros años del mundo, ha ido engrosando paulatinamente, trasmitiéndose de generacion en generacion, desmembrándose algun tanto unas veces, pero creciendo otras con rapidez asombrosa, hasta formar el rico depósito que nosotros hemos heredado. Y era preciso que sucediera asi. El hombre individualmente considerado es un ser que se perfecciona: criatura sensible, inteligente y libre, se apercibe de todo lo que pasa á su alderredor, piensa, juzga y se apropia los pensamientos de los demas: colocado en un mundo que él no ha formado, actor en un drama que dirige una inteligencia superior á la suya, siente el estímulo de la curiosidad, y le aguijonéa un irresistible deseo de saber: mientras los irracionales vejetan estacionados, siendo hoy lo mismo que hace seis mil años, pugna la especie humana por ennoblecerse, y aviva cada vez mas la llama de la razon que le alumbra. No será dificil encontrar almas escépticas, caracteres escepcionales, que miren con desden el placer de la gloria, los goces materiales, las riquezas, el aura popular; pero no sabemos si, apesar de la variedad de locas escentricidades de que nos ofrece ejemplos la historia, podria citarse un solo caso de algun hombre, que deliberadamente haya mantenido en la inac-

cion sus facultades mentales y conseguido apagar el deseo de saber.

No hay necesidad de buscar los datos que demuestran el desarrollo intelectual del hombre en épocas antehistóricas ó en pueblos poco conocidos. ¿Para que escoger un terreno inseguro, sembrado de estorbos, cuando hay campo vasto y despejado á nuestra disposicion?

El libro de Moisés nos presenta al Señor vistiendo de pieles á nuestros primeros padres: las necesidades, pension de la humanidad, les inducen à buscar los medios de satisfacerlas, y hacen surgir diferentes industrias: el hombre cuenta con su razon y con el lenguaje hablado, don inestimable de Dios y que posee desde el primer momento. Asi como es absurdo considerarlo salvage apenas salido de la mano del Criador, asi es insostenible la opinion de los que creen vislumbrar en la misma cuna de la especie humana rastros de una cultura, que no existió sino mucho mas tarde. ¡Cuanto estudio, cuanta observacion, cuantos errores habrán sido necesarios para conducir las ciencias al estado en que nosotros las hallamos! Un horizonte despejado, un cielo siempre puro convidan en Babilonia á la observacion de los fenómenos celestes, y nace la astronomía: las inundaciones del Nilo obligan á los Egipcios á estudiar la geometría y la hidráulica: el instinto de la propia conservacion crea entre ellos, como en todos los pueblos, una medicina empírica, cuyos preceptos, fundados en la observacion práctica, no se convierten sino mas tarde en un cuerpo de ciencia: la pobreza del suelo, la abundancia de maderas en el Líbano y la vecindad al mar hacen navegantes á los fenicios, y el comercio, este instrumento eficaz de la civilizacion, adquiere desde entonces una importancia desconocida: atribúyese à este mismo pueblo la invencion del alfabeto: levantanse monumentos grandiosos cuyas ruinas escitan aun hoy dia nuestra admiracion: no puede negarse; la humanidad está en la via del saber, y adelanta en ella prodigiosamente. Sin embargo, ya que no nos es posible hacer aqui la historia de los conocimientos científicos, parémonos un momento siquiera á presentar alguna comparacion entre lo que fué y lo que es. Recordemos á Cadmo enseñando á los griegos los signos de la escritura fenicia, y vengamos repentinamente á observar en la edad presente los medios de que disponemos para la trasmision del pensamiento: la tipografia sustituyendo las obras impresas á los costosos trabajos hechos á mano; el papel de pasta reemplazando al papirus, á las tablas enceradas, al pergamino; la estenografia robando al orador, al sabio las palabras apenas salidas de sus labios; el vapor ayudando á reproducirlas casi instantáneamente sobre el papel; los periódicos en fin y los correos llevándolas como en alas á los puntos mas distantes, popularizando asi todos los conocimientos útiles y teniendo en co-

municacion no interrumpida á los pueblos mas distantes. Volvamos la vista al comercio. Desde aquella época remota en que el tráfico interior se hacia por medio de caravanas, conduciendo en camellos las mercancias, y atravesando no sin peligro desiertos inmensos en que un rio, un oasis trazaban el camino y señalaban al fatigado viagero un lugar de descanso, ¡qué distancia no se ha corrido! Caminos regulares en todas direcciones, posadas, la brújula, un nuevo mundo, canales, vapores, ferro-carriles, los correos, el pais cubierto por do quiera de ciudades, villas y caseríos, el papel moneda, las balanzas de comercio, compañias de seguros, la tendencia á reducir á un sistema las monedas, pesos y medidas... ¿no hay aqui progreso? Echemos una mirada á las ciencias matemáticas, á las naturales; hagamos el inventario comparativo de lo que sabian los antiguos y saben los contemporáneos en mecánica, astronomía, fisica, química, historia natural, medicina, geografia, agricultura: ¿habrá necesidad de decir que estas ciencias han progresado de una manera asombrosa? La arquitectura moderna ¿tiene acaso que envidiar sus monumentos á la antigüedad? Si Babilonia tuvo sus palacios, Egipto sus pirámides, Atenas su partenon, su capitolio Roma, ¿no poseemos nosotros templos magníficos, puertos seguros, caminos de hierro que cubren como una red vastas porciones de terreno, túneles que atraviesan las montañas y cruzan por debajo de rios caudalosos? Y sobre todo ¿no es cierto que estas obras son de una utilidad conocida, y suministran trabajo á muchos infelices, en vez de estar amasadas, como muchas de la antigüedad, con las lágrimas del cautiverio, y servir solo para ostentar un poder y una riqueza insultantes en el opresor en medio de la degradacion y miseria de los oprimidos? La filosofia ¿cuánto no ha ganado tambien con el trascurso del tiempo, sobre todo desde que la luz de la revelacion vino á guiar al hombre por el camino de la verdad, desde que la ciencia dejó de ser el patrimonio de una clase ò de una escuela, desde que las sutilezas de la escolástica cedieron el campo á los estudios esperimentales? Negar pues el progreso intelectual sería negar lo que es evidente, y aun cuando tuviesemos que confesarnos inferiores à los antiguos en algun ramo especial del saber, bien pudiéramos hacerlo sin rubor, toda vez que tantos y tan universales progresos compensarian brillantemente esta inferioridad pasagera.

Pero bajo el punto de vista de la moral ¿ha marchado tambien en escala ascendente la sociedad humana? La corrupcion de costumbres ¿no es mayor hoy, que en los tiempos que precedieron? ¿Los mismos progresos científicos, la misma cultura intelectual, no han empeorado la situacion en vez de mejorarla? A nadie se oculta, señores, la prevencion con que en esta parte es juzgada la época presente. Alarmados verdaderamente algunos hombres tí-

midos, y aparentando estarlo otros, se esfuerzan en exagerar la corrupcion de nuestros dias, y presentar como inminente el naufragio de las costumbres. Echemos sin embargo una mirada atrás, y veremos que el mal, relativamente considerado, no es tan grave. Cierto que la moral individual, la moral privada dista mucho de aquel estado de perfeccion, de aquel bello ideal que la imaginacion se forma y el corazon desea; pero existe una conciencia universal, un buen sentido público, que contiene el desbordamiento, y que se sublevaria indignado si se repitiesen hoy escenas muy frecuentes entre los antiguos. Este modo de ver el estado actual de las costumbres en paralelo con las de otros tiempos, es tambien el del malogrado autor del *Protestantismo comparado con el catolicismo*. «Los escesos, dice, no llegan (ahora) ni de mucho al estremo en que los vemos entre los pueblos mas cultos de la antigüedad, como son los griegos y romanos. Por manera que nuestra sociedad tal como nosotros la vemos con harta pena, hubiérales parecido á ellos un modelo de pudor y de decoro. ¿Será menester recordar los nefandos vicios, tan comunes y tan públicos entonces, y que ahora apenas se nombran entre nosotros, ó por cometerse muy raras veces, ó porque temiendo la mirada de la conciencia pública se ocultan en las mas densas sombras, como debajo de las entrañas de la tierra? ¿Será necesario traer á la memoria las infamias de que están mancillados los escritos de los antiguos cuando nos retratan las costumbres de su tiempo?»..... «No, en la civilizacion europea, entre pueblos educados por el cristianismo no se tolerarian por tanto tiempo tamaños males: la conciencia pública levantaria su voz; y daría una mirada sañuda á los opresores.» Pondéranse las costumbres de los egipcios, y sin embargo vemos alli á una clase privilegiada manteniendo en una calculada ignorancia y oprimiendo con su poder á la multitud; autorizada la poligamia; aconsejado con el ejemplo de sus dioses el matrimonio entre hermanos: alli es donde Abrahan vió comprometido el honor de Sara, y donde sufrieron dura persecucion los israelitas. Háblasenos de la culta Atenas, y no podemos dejar de admirar la delicadeza del gusto ático en las letras y bellas artes, aquella libertad política, aquellas maneras elegantes; empero en medio de las asambleas populares, debajo de los magestuosos pórticos, al lado de las escuelas, fermentan los vicios mas repugnantes, la crápula mas obscena, el lujo, el juego, todo género de libertinage: no queremos citar hechos: nos lo impiden la santidad de este lugar y el respeto á los oyentes. Simpatizamos á la primera impresion con la austeridad espartana y la originalidad de las costumbres de aquella república: mas alli donde pensamos encontrar libertad, hábitos puros, un pueblo virtuoso, tropezamos con doscientos mil ilotas, con doncellas

que luchan desnudas en el teatro, con las rocas del Taigeto desde las cuales eran despeñados los niños que nacian endebles ó contrahechos, con leyes que autorizan el hurto y solo castigan la torpeza en su perpetracion, con vicios asquerosos que revelan la ausencia de todo pudor. Pronúnciase con respeto el nombre de Roma: el pueblo latino, elevado por la fuerza de las armas y de su política á pueblo rey, y aspirando á la dominacion universal, ofrece sin duda un cuadro sorprendente... ¡Que contraste sin embargo entre la inmensidad de su poder, lo grandioso de sus conquistas, y el estado de sus costumbres! El politeismo y la esclavitud con sus naturales consecuencias bastarian á darnos una idea de lo que pudieron ser aquellas entre los hijos del Lacio, si ya no tuviésemos registradas en las inexorables páginas de la historia las pruebas mas evidentes del estado lastimoso de la moral pública y privada, asi bajo la república, como bajo los emperadores. Brillan de vez en cuando en medio de la corrupcion general algunos nombres que no pueden pronunciarse sin respeto: como Atenas tiene un Codro y Esparta un Leonidas, Roma cuenta un Cincinato, un Atilio Régulo, un Caton, y otras personificaciones de virtudes públicas y privadas: pero estos ejemplos de patriotismo, de honor, de abnegacion etc. sirven solo para hacer resaltar mas con el contraste, los vicios que los rodean.

Renunciamos por temor de parecer difusos á la tarea de reseñar los tiempos que siguieron á la destruccion del imperio de Occidente, en los cuales son los hechos generales mas notables bajo el aspecto moral, la confusion de principios y consiguientes desórdenes producidos por la irrupcion, y la restauracion de las eternas máximas de moral y de justicia, debida en gran parte al cristianismo.

Réstanos ahora inquirir si el bienestar del mayor número en el estado actual del mundo es tal, que no deba envidiarse el que en general han gozado los pueblos que nos precedieron. El campo es vasto y ameno: pero me habré de reducir á muy pocas reflexiones en obsequio de la brevedad. Señores, en la infancia de las sociedades hallamos casi siempre el lastimoso abuso de la fuerza: las guerras de conquista son el estado habitual de muchas naciones en lo antiguo: desconócese asi ese respeto recíproco, ese deseo universal de paz, ese sentimiento de confraternidad, que tiende á borrar las preocupaciones de nacionalidad y á unir los pueblos con el vínculo del interés comun: entre los griegos, el griego lo es todo; los estrangeros nada: en Roma el título de ciudadano romano hace al hombre, los demas son apellidados desdeñosamente bárbaros. La guerra trae la esclavitud, y la esclavitud implica degradacion, muerte civil, miseria para muchos miles de hombres: en Roma solamente se contaba un número inmenso de infe-

lices reducidos á la servidumbre: no se puede fijar su número exactamente, porque para los orgullosos romanos no valia la pena hacer el censo de unos seres considerados por la ley como *cosas* y tratados por los que se llamaban sus señores con una crueldad, cuyo recuerdo subleva aun hoy nuestros generosos instintos; sin embargo no era raro ver á un romano dueño de cuatro ó cinco mil siervos, y hubo época en que se contaban ciento por cada hombre libre. La estirpacion pues de este cancer de las sociedades antiguas, es él solo un beneficio inmenso hecho á la humanidad. No se nos objete la reproduccion del mal en el tráfico de negros, autorizado en algunos puntos: ni por su estension, ni por el trato, por duro que él sea, puede compararse con la antigua la moderna esclavitud. Ademas, los clamores de la humanidad y los generosos impulsos de los gobiernos interesados, harán que disminuya gradualmente el mal que se deplora, y cuya cesacion repentina habria de ocasionar conflictos y perjuicios incalculables. La emancipacion de la muger es otro de los hechos que hablan en favor de las instituciones actuales bajo el punto de vista del bienestar del individuo y de la familia. A los que acaso ignoren y deseen saber cual era la condicion de esta tierna y delicada mitad del género humano en Grecia y Roma, esos dos pueblos que nos hemos acostumbrado á mirar como la personificacion de la civilizacion antigua, los remitirémos á la obra de historia universal, obra verdaderamente clásica, debida á los talentos de César Cantú. Lean y comparen lo que era la muger en aquellos pueblos, con el estado á que la religion y la civilizacion moderna la colocaron, y bendecirán la mano que ha levantado de su abyeccion á esta criatura débil para elevarla al rango respetable de esposa y madre. Hemos indicado la guerra como una de las fuentes del mal estar de los pueblos: el horror á este azote cruel es ahora universal: por fortuna el espíritu de conquista puede considerarse estinguido, y esto ya es un bien muy grande: la diplomacia ha contribuido asimismo á evitar ó hacer menos sangrientas las colisiones entre pueblo y pueblo: es raro ya ver entre las naciones que han entrado en la senda de la civilizacion, el poder ejercido sin mas regla que el capricho de los que mandan: la razon pública es llamada en todas partes á ilustrar á los gobiernos, y un Tiberio, un Calígula, un Neron serian una cosa imposible en nuestros tiempos. Si pudiésemos descender ahora á otras consideraciones; si entrándonos en el hogar doméstico y estudiando al hombre en lo interior de la familia, examinasemos su modo de vivir particular y estableciésemos comparaciones sobre los medios de que ha dispuesto en todas épocas para satisfacer sus necesidades, el resultado de este paralelo no seria ciertamente desventajoso á los tiempos presentes. No iremos mas allá en una materia, que no lo necesita.

A los que duden, les pedirémos que consulten sin prevencion la historia, y estamos seguros que reconocerán con nosotros las ventajas del estado actual del hombre considerado en la sociedad, en la familia, en sí mismo, tanto en el orden material, como en el intelectual y moral.

Cerrarémos este trabajo reproduciendo el bosquejo que de nuestra civilizacion hace el mismo distinguido escritor de quien hemos tomado anteriormente algunos rasgos sobre el estado actual de las costumbres, y apelamos al ilustrado criterio de los oyentes para que digan si el cuadro es fiel, y si en su conjunto lo ofrece tan halagüeño en alguna otra época el vasto panorama de la historia. «El individuo con un vivo sentimiento de su dignidad, con un gran caudal de laboriosidad, de accion y energía, y con un desarrollo simultáneo de todas sus facultades; la muger elevada al rango de compañera del hombre, y compensando por decirlo así el deber de la sujecion con las respetuosas consideraciones de que se la rodea; la blandura y firmeza de los lazos de familia, con poderosas garantías de buen orden y de justicia: una admirable conciencia pública, rica de sublimes máximas morales, de reglas de justicia y equidad, y de sentimientos de pundonor y decoro, conciencia que sobrevive al naufragio de la moral privada, y que no consiente que el descaro de la corrupcion llegue al esceso de los antiguos; cierta suavidad general de costumbres, que en tiempo de guerra evita grandes catástrofes, y en medio de la paz hace la vida mas dulce y apacible; un profundo respeto al hombre y á su propiedad, que hace tan raras las violencias particulares, y sirve de saludable freno á los gobernantes en toda clase de formas políticas; un vivo anhelo de perfeccion en todos ramos; una irresistible tendencia, errada á veces, pero siempre viva, á mejorar el estado de las clases numerosas: un secreto impulso á proteger la debilidad, á socorrer el infortunio, impulso que á veces se desenvuelve con generoso celo, y cuando no, permanece siempre en el corazon de la sociedad causándole el malestar y desazon de un remordimiento; un espíritu de universalidad, de propagacion, de cosmopolitismo; un inagotable fondo de recursos para remozarse sin perecer, para salvarse en las mayores crisis; una generosa inquietud que se empeña en adelantarse al porvenir, y de que resultan una agitacion y un movimiento incesantes, algo peligrosos á veces, pero que son comunmente el gérmen de grandes bienes y señal de un poderoso principio de vida; he aqui los grandes caracteres que distinguen á la civilizacion europea, he aqui los rasgos que la colocan en un puesto inmensamente superior á todas las demas civilizaciones antiguas y modernas.»

Concluyo, señores. Por mucho que nos falte que andar en el camino del perfeccionamiento intelectual, material y moral, una

mirada retrospectiva nos demuestra cuanto nos hemos alejado ya del punto de partida. Tengamos fé en el porvenir: la sociedad es jóven: ella cumplirá sus destinos. Dia vendrá tal vez (es dulce esperarlo), en que desvanecidos muchos errores, calmadas las pasiones, ilustrados los espíritus y tranquilos los ànimos, el sol no alumbrará sobre la tierra mas que á hombres felices, unidos con el santo vínculo del amor fraternal, de la caridad del evangelio. Acaso este dia esté muy lejos: acaso no pase de una ilusion seductora, una sombra tras la cual corremos afanosos y que huye al acercarnos: no importa. En vez de rendirnos á la desconfianza ó de encerrarnos en un egoismo criminal, estéril para nosotros mismos y para los que nos sucederàn, busquemos el bien, que es el uso mas digno que podemos hacer de la inteligencia, y busquémoslo con generoso ardimiento en la esfera de lo posible: contribuyamos con calma, con intencion pura à la obra de la civilizacion: pongamos nuestra piedra en el edificio, libràndonos asi del remordimiento de no haber hecho por la humanidad cuanto haya estado en nuestra mano.

Señores profesores: permitidme que escite particularmente vuestro celo. Nuestro ministerio nos impone graves deberes para con la sociedad, para con las familias y para con nosotros mismos: esforcémonos en cumplirlos de manera, que la sociedad, las familias y nuestra conciencia queden satisfechas.

Y vosotros, jóvenes alumnos; vosotros que os hallais aun en la edad en que se oye y cree, oid y creed á los que han recibido el encargo de ilustrar vuestro entendimiento y formar para la virtud vuestro corazon: ved que el tiempo no tiene precio: aprovechadlo pues, si quereis ser algun dia hombres útiles, y pagar al Estado y á vuestras familias la tierna solicitud con que cuidan ahora de vuestra educacion.

He dicho.

Miguel Ferrer y Garces.